

EL TLAQUACHTE

Patrimonio de Morelos



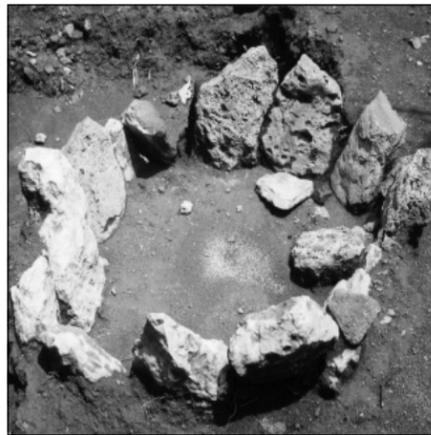
Centro INAH Morelos

La antigua ciudad de Zazacatla

◆ Giselle Canto Aguilar, Víctor Mauricio Castro Mendoza ◆



Foto área de Zazacatla en la actualidad



Una de las casas prehispanicas de Zazacatla



Estructura asociada a una casa prehispanica de Zazacatla y que funcionó como espejo de agua



Uno de los edificios del centro ceremonial de Zazacatla

Recientemente en un predio perteneciente a la empresa "Las Cervezas Modelo" S. A. de C. V. se realizó un rescate arqueológico. El predio de 9500 m² presentó un alto grado de destrucción de vestigios arqueológicos en más de 6000 m²; empero, en el área restante las excavaciones dejaron al descubierto edificaciones que por sus dimensiones se considera que fueron parte de un importante centro ceremonial. Además de ello, el hallazgo de un templo olmeca, en el que se encontraron cuatro esculturas, dos de ellas de sacerdotes portando insignias del dragón olmeca, deidad del periodo Preclásico Medio (800 – 500 a. C.), aportando importantes datos para la historia prehispanica de la región, del estado y de la Mesoamérica olmeca.

En una loma de escaso y pedregoso suelo, situada entre ricas tierras de cultivo y limitada por caudalosos ríos alimentados por manantiales, fue fundada la ciudad de Zazacatla hace 3000 años. La ciudad en su máximo apogeo se extendió sobre un área de 2 km² aproximadamente. Datos obtenidos de excavación permiten apreciar el estilo olmeca tanto en sus materiales cerámicos como en su arquitectura y escultura. Es posible que la ubicación del mismo asentamiento respondiera también a un patrón olmeca relacionado con la montaña y el agua, ya que en el lugar, cercano al Cerro de Xochitepec, existe un hundimiento del terreno, común en zonas de roca caliza, una

poza alrededor de la cual fue erigido el centro ceremonial del mismo lugar.

Entre los edificios localizados en lo que queda del centro ceremonial de Zazacatla, sobresale un basamento piramidal construido con lajas de roca caliza, de 30 a 60 cm de largo y un espesor de máximo 20 cm, unidas con una argamasa de lodo, que fueron acomodadas con un estilo que se encontró tanto en Chalcatzingo, al oriente del estado de Morelos, como en Teopantecuanitlan, Guerrero. La mayoría de las lajas fueron puestas de forma horizontal y cada cierto tramo, tres lajas fueron colocadas en diagonal, tanto hacia la derecha como a la izquierda, delimitando áreas en las que al centro fue formado un nicho, delimitando el centro del edificio se encuentra una laja de 1.20 m de altura, una estela lisa, probablemente con alguna representación pintada que no se conservó.

El edificio fue destruido parcialmente por los mismos habitantes de la ciudad en una siguiente renovación del centro ceremonial; el basamento de forma piramidal que tuvo originalmente más de 21 m de largo, en una segunda etapa fue ampliado. El adosamiento le dio un largo total de 50 m aproximadamente, con una escalinata de tierra rematada de 6 m, y ahora con cuatro nichos.

El adosamiento fue también construido con lajas y tiene dos nichos, pero estas no presentan el mismo patrón que el basamento original, así que las lajas en diagonal no parecen delimitar los nichos.

En cada uno de los nichos fueron encontradas esculturas. Las del primer edificio, podrían ser la representación de sacerdotes que llevan máscaras con las fauces del jaguar así como un tocado con las orejas del mismo felino y que se encuentran saliendo de la cueva (el nicho). Hipótesis que también se apoya en la postura del personaje que parece estar reverenciando. En los nichos del adosamiento las esculturas representan la cabeza de un ser místico y la segunda, es una idea olmeca representada de forma esquematizada.

La importancia del hallazgo del edificio y de las esculturas radica en varios factores. Primeramente, las esculturas de los sacerdotes son los primeros hallazgos de este tipo no solo en el estado de Morelos sino en todos los estados del centro del país. Además de eso, estas esculturas de Zazacatla se encontraron en el lugar para el que fueron creadas, los nichos se cerraron a los lados y a lo alto a partir de ellas, es decir, el edificio fue construido al mismo tiempo que las esculturas fueron colocadas. Las esculturas están asociadas a un contexto que las ubica en un tiempo y lugar específico, lo que permite, en su estudio, acercarse a la visión de este grupo mesoamericano, al lenguaje visual que conjugaron con la arquitectura y la escultura.

Por último, el estilo arquitectónico del edificio y de las esculturas permite plantear relaciones entre regiones como la

Costa del Golfo, el área nuclear olmeca, con sitios como La Venta, así como con regiones más cercanas, como el Oriente de Morelos, el gran sitio Chalcatzingo, y Guerrero con Teopantecuanitlan.

La antigua ciudad de Zazacatla ha sufrido dos grandes destrucciones a lo largo de los años. Durante el periodo virreynal y hasta hace pocos años, cuando los edificios de la ciudad estaban cubiertos de tierra y vegetación, simples montículos, del área se extrajo piedra para todo tipo de construcción; con este despiece fueron desmontando los edificios poco a poco llegando en algunos casos a desaparecer totalmente. La segunda destrucción tiene poco más de 20 años y continúa, siendo causada por el avance urbano ejemplificado con la introducción de una línea de transmisión, la construcción del CERESO y su camino de acceso, la ampliación de la Autopista del Sol, y la edificación de fraccionamientos y empresas. De la antigua ciudad quedan pocas áreas que no han sido niveladas y con alguna edificación encima.

Debido a esta destrucción el proyecto Registro, conservación y rescate del patrimonio arqueológico del estado de Morelos, desde 2005, a llevado a cabo varios rescates arqueológicos en la ciudad prehispanica de Zazacatla, recuperando valiosos datos que van desde la ubicación de las áreas habitacionales y el centro ceremonial, hasta el fechamiento relativo de la ocupación más importante del asentamiento.

Hacia una genealogía cultural de los conceptos I: Indoamérica

◆ Ricardo Melgar ◆

“Cuando será el día en que la paz, haga tremolar su bandera nívea en el continente de habla española y tengamos una sola y constituyamos un grande y enorme pueblo.”

Ricardo Molina, “En Indo-América una sola bandera (Guayaquil, 1935)”

Rastrear los sentidos de un concepto venido a menos, en tiempos de emergencia de los movimientos indígenas en el continente, puede ser iluminador, no tanto de lo que piensan los indígenas, sino más bien de lo que un sector de intelectuales y políticos criollos y mestizos, han pensado o piensa acerca de las raíces primordiales y del futuro político y cultural de nuestros pueblos. Si releemos el epígrafe de Ricardo Molina, el editor de una revista ecuatoriana del mismo nombre, Indoamérica era un modo disidente de pensar la patria grande, esa que signa las utopías de Simón Bolívar y de José Martí.

Indoamérica fue asumida por las corrientes indigenistas radicales, algunas de ellas de izquierda, como una categoría que significaba la identidad etnocultural del continente por sus componentes raciales y/o culturales nativos, al mismo tiempo que operaba como clave de autoctonía ideopolítica, oscilando en sus muchas variaciones entre el mito de origen y la utopía autonomista. Las raíces bolivarianas y vasconcelianas de los idearios y símbolos indoamericanos no siempre fueron explícitos, pero sí, su abierta oposición a las concepciones europeístas y panamericanistas en boga durante la primera mitad del siglo XX.

En la primera mitad del siglo XX la apelación a los orígenes culturales pobló el imaginario de la intelectualidad continental, suscitando muchas adjetivaciones de América: Indolatina, cuya autoría es difícil de precisar no así su presencia discursiva en la diplomacia carrancista; Indohispana, presente en el ideario de Sandino a partir de 1927; América India, asumida en 1929 por una corriente aztequista dirigida desde México por R. J. Durán; Negrindia, reelaboración marginal caribeña cribada en oposición al Garveyismo de los años veinte. Otros términos identitarios fueron objeto de una ensayística política peculiar como Indohispana (Teysser, 1941) e Indoíbera (Tejera, 1943). El nacionalismo continental vía la ensayística filosófica y política abrió una nueva primavera de los dis-

cursos del mestizaje en clave populista, a contracorriente de una atmósfera internacional proclive a las ideologías de la exclusión. El racismo indoamericano traduce a su manera sus deudas con la filosofía positivista spenceriana y la sociología de Pareto más que con la antropología culturalista anglosajona.

Indoamérica tuvo más éxito que las otras categorías identitarias alternativas ya referidas entre los años veinte y cuarenta; su fuerza radicó en su densidad semántica al sustantivar el espacio continental, pero también por apoyarse en la proyección intelectual de sus autores y propagandistas. En la segunda mitad de los años veinte se pueden encontrar las primeras señas indoamericanas, en el pensamiento de Haya de la Torre y Mariátegui, coexistiendo al lado de otros términos como América Latina o América Indoíbera sin conflictuarse entre sí. Haya de la Torre fue su principal abanderado. En los años treinta esta categoría en construcción logra sus más puntuales elaboraciones: en Ecuador, Luis Monsalve Pozo (1934) y Ricardo Molina (1935); en Perú, Haya de la Torre (1935); en Chile, Lipzchütz (1937), y en México, Corzo (1938). Sin embargo, la gravitación del pensamiento de Haya de la Torre sobre estos autores no puede ser desdeñada, aunque no anula ciertas vetas de originalidad en los autores mencionados.

Veamos en síntesis la propuesta de Haya de la Torre:

Las invasiones de las razas sajonas, ibéricas y negras, como las asiáticas y el resto de Europa, que nos han llegado, nos llegan y llegarán, han contribuido y contribuyen a contextualizar la América nueva. Empero, pervive bajo todas ellas la fuerza de trabajo del indio. Si en Cuba ha sido extinguida y en la Argentina o Costa Rica muy absorbida, el indio sigue siendo la base étnica y social económica de América, tanto el que vive dentro de la civilización en el presente, como el que en inmenso número se agrupa todavía en primitivas organizaciones tribales. Con la raza india se fundirán muchas otras, pero nuestra América encontrará su definición y su camino antes que esos setenta y cinco millones de indígenas hayan desaparecido (Haya, 1961: 26-27).

Décadas más tarde y con motivo del Quinto Centenario, un colectivo de antropólogos propuso infructuosamente desde México otra categoría alternativa sustantivadora: Amerindia, marcada con fuertes tonos etnicistas, la que no sobrevivió al momento conmemorativo en que emergió.

Indoamérica y sus términos afines potenciaron y

LAS INVASIONES DE LAS RAZAS SAJONAS, IBÉRICAS Y NEGRAS, COMO LAS ASIÁTICAS Y EL RESTO DE EUROPA, QUE NOS HAN LLEGADO, NOS LLEGAN Y LLEGARÁN, HAN CONTRIBUIDO Y CONTRIBUYEN A CONTEXTUAR LA AMÉRICA NUEVA. EMPERO, PERVIVE BAJO TODAS ELLAS LA FUERZA DE TRABAJO DEL INDIO. SI EN CUBA HA SIDO EXTINGUIDA Y EN LA ARGENTINA O COSTA RICA MUY ABSORBIDA, EL INDIO SIGUE SIENDO LA BASE ÉTNICA Y SOCIAL ECONÓMICA DE AMÉRICA, TANTO EL QUE VIVE DENTRO DE LA CIVILIZACIÓN EN EL PRESENTE...

legitimaron los muchos indigenismos populistas de los años treinta y cuarenta. Su veta integracionista ha sido en los últimos años cuestionada, por sus sesgos etnocidas intranacionales, a la luz de la defensa del paradigma de la diversidad etnocultural. Pero ello no nos puede hacer olvidar que el indoamericanismo, en su tiempo, confrontó al Estado y la cultura oligárquica en sus fundamentos ideológicos extranjerizantes y excluyentes.

Indoamérica fue también el nombre de dos periódicos políticos editados desde la Ciudad de México en 1928 y 1938, respectivamente: el primero fungió como vocero de la célula de la Alianza Popular Revolucionaria (APRA) en México, y el segundo, como vocero del Frente Indigenista de América. Entre una y otra publicación, el Grupo Indoamérica publicó América India (1930) que no debe confundirse con otra del mismo nombre editada en 1929. Los idearios de estas organizaciones a pesar de su afinidad deben ser contrastados.

Fuentes

Corzo, Ángel M. Ideario del Maestro Indoamericano, DAPP, México, 1938. Haya de la Torre, Víctor Raúl. ¿A dónde va Indoamérica?, Editorial Ercilla, Santiago, 1961. Lipschütz, Alejandro. Indoamericanismo y Raza India, Editorial Nacimiento, Santiago, 1937. Monsalve Pozo, Luis. Indoamérica, Universidad de Cuenca, Ecuador, 1934. Tejera, Humberto. Maestros Indoiberos, Ediciones Minerva, México, 1943. Teysser, Ezequiel. América Indohispana y Yanquilandia, Ediciones Claridades, México, 1941. Indoamérica, órgano de la célula del APRA en México, México, 1928, núms. 1 al 8. Indoamérica, órgano del Frente Indigenista de América (dir. José Fa-vio Crespo), México, núms. 1-5. América India, vocero del movimiento “Reintegración Económica Mexicana” (dir. R. J. Durán), México, 1929-1930, núms. 1 al 3. Indo-América, Guayaquil, Ecuador, 1935 (dir. Ricardo Molina).

INDOAMÉRICA FUE ASUMIDA POR LAS CORRIENTES INDIGENISTAS RADICALES, ALGUNAS DE ELLAS DE IZQUIERDA, COMO UNA CATEGORÍA QUE SIGNIFICABA LA IDENTIDAD ETNOCULTURAL DEL CONTINENTE POR SUS COMPONENTES RACIALES Y/O CULTURALES NATIVOS, AL MISMO TIEMPO QUE OPERABA COMO CLAVE DE AUTOCTONÍA IDEOPOLÍTICA, OSCILANDO EN SUS MUCHAS VARIACIONES ENTRE EL MITO DE ORIGEN Y LA UTOPIA AUTONOMISTA. LAS RAÍCES BOLIVARIANAS Y VASCONCELIANAS DE LOS IDEARIOS Y SÍMBOLOS INDOAMERICANOS NO SIEMPRE FUERON EXPLÍCITOS, PERO SÍ, SU ABIERTA OPOSICIÓN A LAS CONCEPCIONES EUROPEÍSTAS Y PANAMERICANISTAS EN BOGA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX.



NOTA

◆ El contenido de los artículos que se publican es responsabilidad de sus autores



“La importancia de las fototecas, no solo radica en el resguardo sino también en la difusión del patrimonio cultural gráfico a través de la fotografía, como imagen de la historia...” Destacó el Lic. Juan Carlos Valdez Marín, Dir. De la Fototeca Nacional durante la inauguración de la exposición fotográfica “Imagen y Nostalgia” en el Museo Cuahunáhuac el pasado 9 de marzo del presente, en la que también se dieron cita el Antropólogo Eduardo López Calzada, Dir. Del Centro INAH Morelos; Dr. Jesús Nieto Sotelo, Dir. De la Facultad de Artes de la UAEM entre otros investigadores y público asistente.

* * * * *

La exposición, presentada por la Fototeca “Juan Dubernard” del Centro INAH Morelos, a cargo de la Restauradora Paloma Corona Aguilar, pretende evocar el Morelos de 1900 – 1940 su tradición y expresión artística aportando elementos de identidad regional como un legado de recuperación del patrimonio, considerando la abundancia en nuestro estado de bienes muebles e inmuebles, a través de un análisis estético y del planteamiento compositivo de los fotógrafos del ayer, aportando un amplio universo de la historia visual de Charles B. Waite, Casasola y Hugo Brehme.

* * * * *

El Dr. Jesús Nieto Sotelo, al respecto de la obra escribió: “La presente muestra de arte fotográfico sobre Morelos, ha creado la condición para que fotógrafos de distintos momentos, algunos celebres, de la talla de Charles B. Waite (EU, 1861-1929), Agustín Víctor Casasola (1975 – 1938), Hugo Brehme (Alemania 1882 – 1954), la fotografía Olivares y otros no identificados, se encuentren a través de sus obras. La mayoría de ellos, vivieron y retrataron sucesos de la época más sangrienta de la revolución de 1910. Su obra es apasionante.

* * * * *

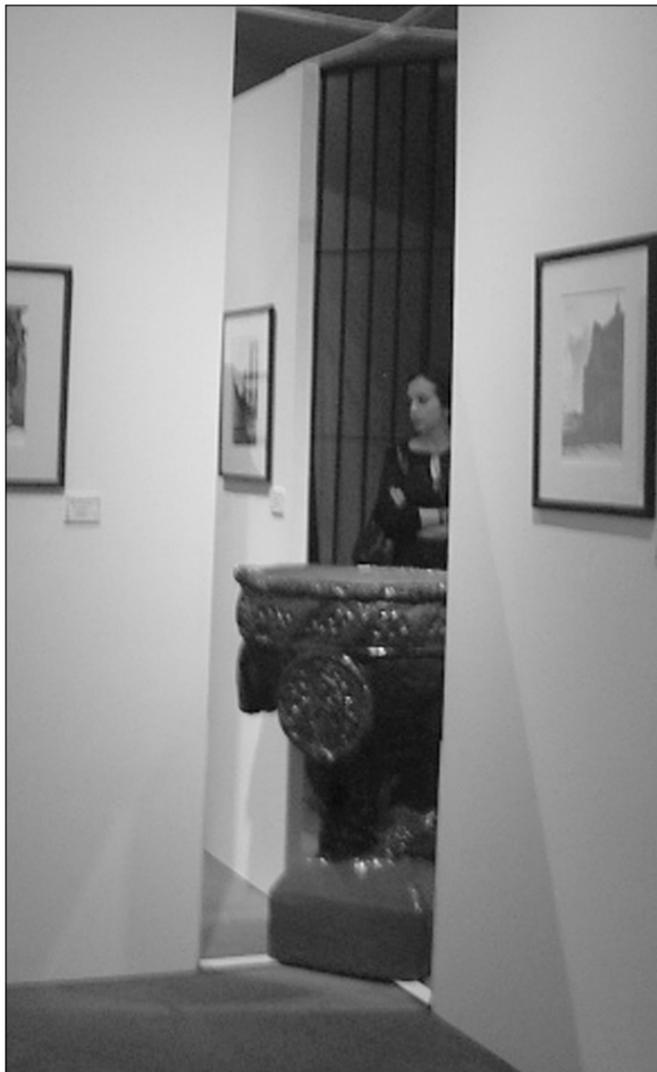
Quizás estos maestros de la luz, no coincidieron en tiempo ni en espacio en sus respectivas estancias profesionales en el estado de Morelos, pero si en lo que respecta al ardiente deseo de dejar, no una copia de lo que fue, sino imágenes de lo que para ellos significó la sociedad morelense y su territorio, su claridad y oscuridad a finales del siglo XIX y principios del XX. Algunas imágenes muestran significados semejantes”

* * * * *

La museografía y curaduría estuvo a cargo de la Restauradora Paloma Corona Aguilar Responsable de fototeca Juan Dubernard del Centro INAH Morelos, así como del Restaurador Javier Lozano Mora Responsable de la Museografía del Museo Cuahunáhuac. Los textos a cargo de Dr. Jesús Nieto Sotelo; Dr. Ángel Miquel Rendón

Investigador de la Facultad de artes de la UAEM; Maestra Mayra Mendoza Avilés; Arq. Rafael Gutiérrez Yáñez, Investigador de la sección de Historia del Centro INAH Morelos.

“Imagen y Nostalgia” fotografías de Casasola, Brehme, Waite en el Museo Regional Cuahunáhuac



Etnozoología de la zona Altos de Chiapas, México

◆ Patricia Enríquez Vázquez ◆



Caparazón de armadillo. Utilizado como medicamento

El estudio de las relaciones entre el hombre y la fauna, y de manera extensiva con la naturaleza, permite establecer una serie de patrones utilitarios, mismos que pueden adquirir rasgos culturales característicos. Algunos son básicos para la supervivencia, como son las del uso alimentario o el aprovechamiento como materia prima para la elaboración de herramientas. Mientras que otros corresponden a la esfera de la elaboración ideológica, donde los recursos faunísticos se incorporan a las explicaciones que sobre el mundo han elaborado las diversas sociedades, mediante la asignación de atributos o valores religiosos o rituales, el estudio de ellos es parte de la etnobiología (Corona-M y Arroyo-Cabrales, 2003).

En México, este tipo de investigaciones han crecido en importancia, pero sobre todo las destinadas a las plantas, y son menos los que centran su interés en los aspectos faunísticos. Aquí se resume un estudio de caso ubicado en los Altos de Chiapas

El estado de Chiapas, que cuenta con una alta diversidad de fauna, así como también, cuenta con diferentes grupos étnicos, siendo los tsotsiles y tseltales son los grupos mayenses más representativos, ubicados principalmente en la zona Altos, y quienes aprovechan una gran variedad de especies de animales tanto en la alimentación, como en la medicina y dentro de rituales en algunas fiestas de cabeceras municipales.

En relación a la alimentación, el consumo de "carne de monte" se frecuente y es posible comprarla en los mercados, incluso en los de San Cristóbal de Las Casas (donde se concentra una alta migración de población indígena) encontrando a la venta hormigas, caracoles de río "shuti", tlacuache, armadillo, entre otras. Sin embargo, en las comunidades el consumo de mamíferos de talla pequeña es mayor, como se puede ver fácilmente en el mercado de Oxchuc, donde se comercializan diferentes especies de roedores, ya sean secos o crudos (Barragán, 2001; Sánchez, 2000).

Aunque el venado es muy apreciado por su sabor, no forma parte de la dieta de la gente, ya que la alta tasa de deforestación ha generado que se aleje cada vez más de las zonas habitadas, además de estar prohibida la venta de su carne.

Las larvas de los insectos son parte importante del aporte de proteína para la gente de la zona, encontrándose en los troncos o en la hojarasca bajo algún árbol. Flores (2004) reporta que en la zona Altos el "sats" (oruga de una mariposa nocturna), es consumido por casi todos los pueblos tseltales, así como la "gallina ciega" (larva del ron ron), aunque ésta en menor cantidad.

Es importante hacer mención que de las 80 especies animales que se consumen en la zona, únicamente las larvas de insectos y el conejo no presentan ningún uso medicinal. En este sentido es primordial subrayar que, muchas veces el consumo de los animales tiene un fin preventivo, es decir, para evitar enfermarse. Por otro lado, es preciso mencionar que algunas partes de los animales se guardan en casa para tenerlas a la mano en caso de que algún familiar o vecino enferme, como es el caso de la cola del tlacuache para acelerar partos; el caparazón del armadillo para curar disenteria; el cráneo de la tuza, para el doble pelo (enfermedad cultural de la zona, presentándose en bebés lactantes que se ponen muy llorones y con diarrea); la piel de la víbora, para reumas; entre otras (Enríquez, 2005).

En este sentido, es necesario hacer énfasis en que los restos de animales que no se consumen ni se guardan para fines medicinales deben ser enterrados, ya que de no ser así, traerán mala suerte a la familia.

Por otro lado, en las fiestas de San Sebastián en Zinacantán y de San Ildefonso en Tenejapa, la percepción de la fauna silvestre es importante, siendo la ardilla, jaguar, jaguarundi, zorro, zorrillo, comadreja y tuza, representadas con disfraces o individuos disecados. La comadreja, también tiene un papel importante en el ritual de la siembra, siendo necesario llevar una disecada a la hora de la primera siembra anual, trayendo buena suerte para la cosecha.

Con todo esto es posible ver que la fauna silvestre sigue formando parte de la vida diaria de ambos grupos indígenas, siendo parte importante en la dieta y medicina tradicional, así como también la los rituales de mayor importancia para las comunidades.

Datos que en el futuro pueden ayudar-

nos a construir modelos comparativos de consumo en distintas regiones del país, como la que aquí se refiere y en Morelos, debido a la influencia del ambiente, etc.

Este tipo de información pueden ayudarnos, en el futuro, a construir modelos comparativos relacionados con el aprovechamiento de la fauna por distintos grupos en diversas regiones del país, con el fin entrar más profundamente al tema de la etnozoológica nacional, así como las diferencias que se presentan en los usos.

Bibliografía

- Barragán, F. 2001. Roedores: un recurso alimentario en el municipio de Oxchuc, Chiapas. Tesis de licenciatura. Instituto Tecnológico de Hidalgo
- Corona-M. E. y J. Arroyo-Cabrales. 2003. Las relaciones hombre-fauna, una zona interdisciplinaria de estudio, pp: 17-28. In: Relaciones Hombre-Fauna. E. Corona-M. y J. Arroyo-Cabrales (Eds.). Plaza y Valdéz-CONACULTA-INAH
- Enríquez, P. 2005. Uso medicinal de la fauna silvestre en los Altos de Chiapas, México. Tesis de maestría. El colegio de la frontera sur. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas 34p
- Flores, F. 2004. Cocina exótica de Chiapas. Serie Cocina indígena y popular no. 45 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México. 11p
- Marmolejo, M. 2000. Fauna alimentaria de la península de Yucatán. INI.
- Sánchez, M. 2000. Los Tzotziles-Tzeltales y su relación con la fauna silvestre. Consejo para la Cultura y las Artes de Chiapas. Libros de Chiapas. México. 93 p.

PATRIMONIO CULTURAL EN IMAGENES



Chalchiuhtlicue, diosa patrona de los tlahuicas del señorío de Tequesquitengo

◆ Georgia Yris Bravo López ◆

Durante investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el lado oriente de la laguna de Tequesquitengo, se excavaron habitaciones y templos de un asentamiento prehispánico edificado durante el Preclásico Medio (800 – 500 a. C.), pero con una reocupación en el Posclásico (1220 – 1521 d. C.) Si bien, el poblado tlahuica del Posclásico estaba casi en su totalidad destruido, se localizaron dos entierros a los que estaban asociados fragmentos de cerámica, malacates y la figurilla de piedra verde que aquí se presenta. Suponemos que esta figurilla podría ser la representación de la diosa Chalchiuhtlicue, deidad femenina asociada a los manantiales y lagos; posiblemente, esta diosa fue la patrona de los tlahuicas de este lugar, ya que en donde actualmente se encuentra la laguna de Tequesquitengo, antiguamente estaba un espejo de agua.

Suplemento Cultural



CONACULTA • INAH

Consejo Editorial: Ricardo Melgar, Lizandra Patricia Salazar, Jesús Monjarás-Ruiz, Miguel Morayta y Barbara Konieczna

Coordinación: Perla Brigitte Barreto Sánchez

Formación: Arturo Mendoza Vázquez

Matamoros 14, Acapantzingo, difusion.mor@inah.gob.mx